

POESIA Y LENGUAJE

CENTENARIO DE BÉCQUER

FEBRERO, 1836 - 1936

3)

LIRICA Y DRAMA

Muchos poetas, por introducir acción en su obra—huyan del describir, honradamente—mataron su lírica. Alimentaron a sus personajes despedazando su yo. Pero nunca la voz de los homúnculos teatrales, retórica y parcial, puede volar como la otra hubiera volado.

Cuando García Lorca me habló una noche del *hecho poético*, no del *ser poético*, yo pensé que no haría el Segundo Romancero Gitano. En efecto: poco después escribió «Yerma», teatro y bueno, pero teatro, no lírica.

Sobre esas fronteras de la lírica con el drama puedo evitarme escribir porque tengo a la mano el Cancionero apócrifo de Abel Martín. Y es cómodo limitarse a la transcripción a la par que comentario de lo dicho allí por Machado.

«Piensa Abel Martín la substancia como energía, fuerza que puede engendrar el movimiento y es siempre su causa; pero que también subsiste sin él. El movimiento no es para Abel Martín nada esencial. La fuerza puede ser inmóvil—lo es en su estado de pureza—mas no por ello deja de ser activa.»

Machado se coloca, pues, dentro de la lírica más rigurosa. Pero aun le parece poco esto y entonces distingue *movimiento de mutabilidad* y añade:

«Sólo se mueven las cosas que no cambian. Es decir, que sólo podemos percibir el movimiento de las cosas en cuanto en dos puntos distintos del espacio permanecen iguales a sí mismas. Su cambio real, íntimo, no puede ser percibido ni pensado como movimiento.»

Y el discípulo de Abel Martín, el retórico Juan de Mairena, le dedica a aquel los versos siguientes:

Del jugar meditativo
quede el inclito ideario
para el alba que aun no ríe;
y el muñeco estrafalario
del retablo desafé
con su gesto al sol gregario.»

El drama, con sus hechos, con sus personajes acuñados a troquel, no es el agua viva de la lírica, pura y sin márgenes; que no postula un rebaño de espectadores ni es para apagar una sed transeúnte y curiosa, sino para avivar la sed eterna.

Y doy punto a la transcripción y al comentario. Aunque he de volver sobre Machado para explicarme a mí mismo por qué este poeta enamorado de la sustancia, del ser—y de ello creo haber dejado testimonio en lo copiado—insiste en glorificar el verbo en coplas como ésta:

...El adjetivo y el nombre
remansos del agua limpia,
son accidentes del verbo
en la gramática lírica...

A un lado y otro de los puntos suspensivos está el tema del tiempo, esencial en la estética de Machado; y por todas partes otro problema aún intacto en estas charlas: el de la poesía como sustancia y el de su forma, su palabra. ¿Será el verbo, como parece pensar Machado, o será el sustantivo la palabra que encierra la sustancia, la palabra lírica por excelencia?

E. H.

(Conclusión)

Bécquer y Machado. Tal vez este paralelismo que apuntamos en nuestro artículo anterior no aparezca somero, a flor de los versos, en una primera y ligera lectura. Pero sigamos escrutando sus almas y lo veremos marcarse con rasgos bien seguros.

El amor para estos dos poetas es siempre un amor de ausencias, de soledades. En toda la obra de Machado el amor es recuerdo o incierto porvenir; nunca presente realidad.

No canta ya el ruiseñor
de cierta noche serena;
sanamos del mal de amor
que sabe llorar sin pena.
(Machado.—"De la vida")

Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!
(Machado.—"Soledades")

Él mismo confirma esta afirmación poniendo en boca de Abel Martín:

La amada no acude a la cita; es en la cita ausencia.
Y aclara enseguida:

El amor mismo es aquí un sentimiento de ausencia.
La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y vanamente se espera.

Asimismo, la amada de Bécquer es siempre una amada ausente. En sus *Rimas* se duele de que ese amor sea imposible; pero alguna vez nos deja ver que su espíritu solitario no podía saciarse con un amor realizado y, por tanto, vulgar.

Yo soy un sueño, un imposible.
Vano fantasma de niebla y luz;
Soy incorpórea, soy intangible;
No puedo amarte. ¡Oh, van, van tú!

En ese sueño, en ese imposible, es precisamente donde está el pensamiento poético de

Bécquer, que lo llevó a la poesía solitaria, apartándolo, por tanto, de los poetas del Romanticismo. Porque la poesía romántica, en cuanto gesto, no es solitaria. Sólo es solitario el poeta del 98, que canta ya un fin de época. Y Bécquer, por espíritu si no por su obra, pertenece a esta generación.

Los que hasta aquí lo han visto como un poeta más entre los poetas románticos tal vez se equivoquen. El Bécquer sensible y cursi sólo han podido verlo los cursis y sensibles a través de su miopía. Porque a un poeta que siente la soledad y tiene un fuerte espíritu para afrontarla, no se le puede llamar más que eso: poeta.

Y, así, Bécquer no es propiamente un poeta del Romanticismo. Resumió todos sus valores y los superó, anticipándose en el sentimiento a la generación que había de seguirle. Soledad, desolación, o sea verdadera lírica.

Su obra ha de seguir inmarcesible, fresca, junto a la poesía actual, y sólo caería en el olvido si la nueva ideología social impusiera un tipo de poesía colectiva—antilírica y anti-poética—. Alberti, al enrolarse en la idea comunista, ya no se inspira en Bécquer, *huésped de las nieblas*, y sube a la región inasequible de los ángeles. Puesto al servicio del proletariado universal, escribe la «Elegía cívica».

«Con los zapatos puestos tengo que morir» frente a «¡Dios mío qué solos se quedan los muertos!»

Pidamos fervor y comprensión para que nuevas generaciones puedan celebrar el bicentenario del nacimiento de Bécquer.

RAMÓN CASTELLANOS

antología

RUBÉN DARÍO.—*Prosas profanas*

Heraldos

¡Helenal

La anuncia el blancor de un cisne.

¡Makhedal

La anuncia un pavo real.

¡Ifigenia, Electra, Catalinal

Anúncialas un caballero con un hacha.

¡Ruth, Lía, Enonel

Anúncialas un paje con un lirio.

¡Yolandal

Anúnciala una paloma.

¡Clorinda, Carolinal

Anúncialas un paje con un ramo de viña

¡Sylvial

Anúnciala una corza blanca.

¡Aurora, Isabell

Anúncialas de pronto
un resplandor que ciega mis ojos.

¿Ella?

(No la anuncian. No llega aún.)

En el prólogo de «*Prosas Profanas*», el libro crucial de Rubén, expuso el maestro su concepto sobre la melodía ideal—poesía pura, en el lenguaje posterior—. Rubén, el verlainiano, el autor de sonatinas y marchas triunfales, proclama, no obstante, la infertoridad de esta poesía con respecto a la interna.

«Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.»

Estas son las palabras del Poeta. Con ellas como clave, «*Heraldos*» se nos aparece como una cumbre de belleza. La síntesis simbólica entre los nombres de mujer que enumera, su contenido histórico y su música nos lleva a la intuición de lo intelectual, del puro pensamiento; maravilla, posible sólo en un gran poeta, dotado además de una cultura clásica perfectamente incorporada a su vitalidad.

Nada hay en la actual poesía española ni tan nuevo ni tan alto como «*Heraldos*». Los mismos críticos aún no le han dado la importancia debida. Así, Guillermo Díaz Plaja, en su libro sobre Rubén Darío, escribió: «No nos es posible captar el valor de belleza y de evocación que el poeta derramó en estos versos arbitrarios.» Es lástima que Díaz Plaja no haya rectificado todavía esta opinión de juventud.